

de abandonar la aldea nos regala á cada uno un cesto de patatas asadas, que nosotros, siguiendo la costumbre, aceptamos para comerlas por el camino. Entre las mujeres ocupadas de guisar he visto un esclavo varón. Humillante oficio debe ser en un pueblo tan guerrero ocuparse en una faena que se considera casi indigna de las mismas mujeres. A los esclavos no se les permite hacer la guerra; pero, ¿es bastante enérgica la privación? Yo he oído hablar de un desgraciado que, durante una batalla, se pasó al enemigo. Dos hombres se apoderaron de él en el acto; pero como no pudieron entenderse respecto de á cual de ellos pertenecía, ambos le amenazaban de muerte con su hacha de piedra, y los dos parecía que se hallaban decididos, por lo menos, á impedir que el otro se lo llevase vivo. La habilidad de la mujer de un jefe salvó á aquel infeliz, que ya estaba medio muerto de miedo. Volvemos á la canoa, y llegamos á bordo de nuestro barco por la tarde, muy tarde.

*30 de Diciembre.*—Después del medio día dejamos la bahía de las islas para dirigirnos á Sydney. Creo que todos nos consideramos dichosos de abandonar la Nueva-Zelanda. Es seguro que no hay en ella cosa agradable. No se encuentra en estos indígenas aquella atractiva sencillez, que tanto gustaba en Taití; por otra parte, la mayoría de los ingleses que en esta isla habitan son la espuma de la sociedad. No puede decirse, no, que sea el país atractivo. Sólo un recuerdo feliz me ha dejado Nueva-Zelanda: Waimate y sus habitantes cristianos.

## CAPITULO XIX

Sydney.—Excursión á Bathurst.—Aspecto de los bosques.—Bandos de indígenas.—Extinción gradual de los indígenas.—Epidemias engendradas por la aglomeración de hombres sanos.—Montañas Azules.—Aspecto de los grandes valles que parecen golfos.—Su origen y formación.—Bathurst; cortesía de las clases inferiores.—Estado de la Sociedad.—Tierra de Van-Diemen.—Hobart Town.—Todos los indígenas desterrados.—Monte Wellington.—Estrecho del Rey Jorge.—Aspecto melancólico del país.—Cuadrilla de indígenas.—Salimos de Australia.

### Australia.

*12 de Enero de 1836.*—Un viento favorable nos empuja casi al rayar el día á la entrada del puerto Jackson. En lugar de ver un país verdegueante y cubierto de casas hermosas, acantilados amarillentos que se extienden hasta donde alcanza la vista, nos recuerdan las costas de Patagonia. Un faro solitario construido con piedras blancas es lo único que nos indica que nos acercamos á una ciudad populosa. Entramos en el puerto que nos parece grande y espacioso: está cerrado por acantilados de gres estratificado horizontalmente. El país, casi llano, está cubierto de árboles miserables: todo indica la esterilidad. A medida que avanzamos va, sin embargo, mejorando; comienzan á verse algunos hoteles hermosos, algunas fincas bonitas á orillas del mar. Más lejos todavía, casas de piedra de dos y tres pisos y molinos de viento, al extre-

mo de un promontorio, nos indican la proximidad de la capital de Australia.

Al fin anclamos en el puerto de Sydney. Allí encontramos muchos y muy hermosos buques; todo el puerto está rodeado de almacenes. Por la tarde doy el primer paseo por la población y vuelvo admiradísimo de lo que he visto. Esto es, á no dudarlo, una de las pruebas más admirables del poder de la nación inglesa. En unos cuantos años, y en un país que ofrecía menos recursos que Sudamérica, se ha hecho aquí mil veces más de lo que allí abajo han hecho en siglos. Mi primer sentimiento es felicitarme de ser inglés. Algo disminuyó mi admiración unos cuantos días después, cuando me fué mejor conocida la población; sin embargo, Sydney es una ciudad hermosa. Las calles son regulares, anchas, limpias y muy bien conservadas; las casas son grandes y las tiendas muy bien adornadas. Esta ciudad puede compararse á las grandes afueras de Londres y de otras poblaciones de Inglaterra; pero ni en Londres, ni en Birmingham se nota un crecimiento tan rápido. El número de las casas grandes y edificios de otros géneros recién construidos, es en realidad sorprendente; y, sin embargo, todo el mundo se queja de la carestía de los alquileres y de la dificultad de encontrar habitación. Como acababa de llegar de América donde en todas las poblaciones se conoce en seguida á las gentes ricas, lo que más me sorprendía era no saber en el acto á quien pertenecía, por ejemplo, el carruaje que acababa de pasar.

Contrato un hombre y dos caballos para que me lleven á Bathurst, centro de una gran región pastoril situada á unas 120 millas al interior. De este modo espero darme cuenta del aspecto general del país. Salgo el día 16 de enero por la mañana, y en la pri-

mera etapa voy á Paramatta, pequeña población que no cede en importancia á Sydney. Las calles son excelentes y su pavimento hecho por los procedimientos indicados por Mac Adam. Para continuarlas han traído piedras de canteras situadas á muchas millas de distancia. Por muchos conceptos podría creerse que nos hallábamos en Inglaterra; sólo son más numerosas aquí las tabernas. Lo que más sorprende son las cadenas de deportados ó forzados que han cometido crímenes en la colonia: trabajan encadenados bajo la vigilancia de centinelas que tienen el fusil cargado. Creo que una de las causas de la rápida prosperidad de esta colonia es que, teniendo el Gobierno á su disposición los presos condenados á trabajos forzados, ha podido hacer en seguida buenos caminos en todas las regiones del país. Pasé la noche en un hotelito muy bien acondicionado, situado cerca de la barca de Emu, á 35 millas de Sydney, al pie de las montañas Azules. Este camino es muy pasajero, y el primero que se abrió en la colonia. Todas las propiedades están rodeadas de altas empalizadas, porque no han podido todavía los inquilinos hacer que crezcan árboles. A cada paso se ven casas de muy buen aspecto, y muchas hazas bien labradas, pero la mayor parte del terreno se halla como en los primeros tiempos después de descubrirse.

La extremada uniformidad de la vegetación forma el carácter más notable del paisaje en la mayor parte de Nueva Gales del Sur. Por todas partes se ven grupitos de árboles; está el suelo cubierto de prados bastante míseros, y no puede decirse que el verde sea muy brillante. Casi todos los árboles pertenecen á una misma familia, y también tienen casi todos las hojas colocadas en posición vertical en lugar de estar casi

horizontales como en Europa. Además, es bastante raro el follaje y tiene un tinte especial verde claro, sin ningún reflejo brillante, por lo cual parece que los árboles no dan sombra; quitando así comodidad para el viajero que atraviesa este país bajo los ardientes rayos de un sol de verano; pero, por otra parte, es muy conveniente para los colonos, porque crece la hierba hasta el mismo pie del árbol. No se caen las hojas periódicamente, carácter que parece común á todo el hemisferio meridional, esto es, á Sud-América, á Australia y al cabo de Buena Esperanza. También pierden los habitantes de este hemisferio y de las regiones intertropicales uno de los más espléndidos espectáculos—aunque para nosotros sea muy común—que puede ofrecer la naturaleza: me refiero al brote de las primeras hojas. Es verdad que ellos pueden responder que nosotros pagamos muy caro este espectáculo; porque está la tierra durante varios meses cubierta de esqueletos desnudos. Es verdad, pero podemos replicar que así comprendemos mejor la exquisita belleza de los verdores de la primavera, de que no pueden gozar los que viven entre los trópicos; y cuyos ojos se hastían durante todo el año con las brillantes producciones de estos soberbios climas. El mayor número de los árboles á excepción de los gómeros, alcanzan poco grueso, pero son altos y bastante derechos. Anualmente cae la corteza de algunos *eucaliptus* ó cuelga á lo largo del tronco en grandes pedazos que agita el viento, dando á los montes un aspecto triste y desagradable. Imposible es hallar un contraste más completo bajo todos los aspectos, que el que existe entre las selvas de Valdivia y de Chiloé y los campos de Australia.

Al caer la tarde encontramos una veintena de indi-

genas, todos los cuales llevan, según costumbre, su paquete de flechas y otras armas. Le doy un shilling (1,25 pesetas) á uno de aquellos jóvenes que me parece que la pide é inmediatamente se detienen y arrojan sus flechas para festejarme. Llevan alguna ropa y la mayoría saben varias palabras inglesas. Sus caras respiran buen humor; no tienen las facciones desagradables y me parecen mucho menos degradados de lo que suponía. Saben utilizar muy bien las armas: colocado un casquete á 30 metros de distancia lo traspasan con uno de sus venablos, que disparan con su palo de tiro; parecen flechas disparadas por el mejor arquero. Tienen grandísima sagacidad cuando se trata de perseguir al hombre ó á los animales; he oído hacer á algunos observaciones que demuestran mucha agudeza. Pero por nada del mundo se deciden á cultivar la tierra, edificar casas, ni establecerse en punto fijo en ninguna parte; ni siquiera quieren tomarse el trabajo de cuidar los ganados que se les dan. En suma, están un poco por encima de los fueguenses en la escala de la civilización.

Muy curioso es ver en medio de un pueblo civilizado, cierto número de salvajes inofensivos que vagan por todas partes sin saber donde pasarán la noche y que se buscan el alimento cazando por los bosques.

A medida que avanza el hombre blanco hacia el interior, invade territorios pertenecientes á varias tribus. Aunque rodeadas por todas partes no se mezclan estas tribus unas con otras y hasta se hacen la guerra. Recientemente ha tenido lugar una de esas colisiones, habiendo elegido los adversarios por extraño campo de batalla la plaza mayor de la villa de Bathurst; lo que en realidad fué buena idea, porque los vencidos pudieron refugiarse en las casas.

El número de los indígenas disminuye con rapidez. Durante todo mi viaje, no he encontrado, fuera de la partida de que acabo de hablar, más que algunos chiquillos educados por los ingleses. Esta desaparición procede, sin duda, del uso de los acohólicos, de las enfermedades europeas (las enfermedades más sencillas de Europa, tales como la roseola provocan en los salvajes los extragos más espantosos), y la extinción gradual de los animales silvestres. Dícese que la vida errante de los salvajes hace morir muchos niños durante los primeros meses de la vida; pero á medida que se hace más difícil proporcionarse alimentos, se hace también más necesario vagar mucho. En suma, que, sin que la mortalidad pueda atribuirse al hambre, decrece de un modo rapidísimo la población, respecto de lo que pasa en los países civilizados. En estos, pueden los padres acabar con su salud, realizando trabajos superiores á sus fuerzas, pero no dañan con ello á la salud de sus hijos.

Además de estas causas evidentes de destrucción, parece que funcione aquí algún agente misterioso. Donde quiera que el europeo endereza sus pasos parece que persigue la muerte á los indígenas. Consideremos, por ejemplo, las dos Américas, la Polinesia, el el Cabo de Buena Esperanza y Australia: en todas partes observamos el mismo resultado. Y no es sólo el hombre blanco el que desempeña este papel destructor: los polinesios de procedencia malasia han arrastrado también entre sí á los indígenas de piel más negra, en ciertos puntos del archipiélago de las Indias Orientales. Las variedades humanas parece que reaccionan más sobre otras de la misma manera que las diferentes especies animales, destruyendo siempre el más fuerte al más débil. No dejó de pro-

ducirme tristeza oír en Nueva Zelanda á los más importantes indígenas que estaban convencidos de que sus hijos no tardarían en desaparecer de la superficie de la tierra. No hay nadie que no haya oído hablar de la inexplicable disminución de la población indígena tan hermosa y tan sana de la isla de Taití desde la época del viaje del Capitán Kook; allí debería, por el contrario haberse visto un aumento de población; porque el infanticidio, que antes reinaba con intensidad extraordinaria, ha desaparecido casi por completo, y no son tan malas las costumbres, y las guerras se han hecho mucho menos frecuentes.

El reverendo Williams sostiene en su interesante obra (1) que, dondequiera que los indígenas y los europeos se encuentran, «se producen invariablemente fiebres, disenterias, ó algunas otras enfermedades que se llevan á una porción de gentes.» Y añade: «hay un hecho cierto y que no tiene respuesta, y es: que la mayor parte de las enfermedades que han reinado en las islas durante mi residencia han sido importadas por los barcos; y lo que hace todavía más notable este hecho es que no podía comprobarse ninguna enfermedad en la tripulación del barco origen de estas terribles epidemias.» No es tan extraordinaria esta observación como á primera vista podría parecer; puesto que pueden citarse muchos casos de fiebres terribles que se han declarado sin que hayan sentido sus efectos los mismos que han sido causa de ellas. En la primera parte del reinado de Jorge III, fueron cuatro agentes de policía á buscar, para llevarlo á presencia del juez, á un preso que había estado mucho tiempo en un calabozo; por más que este hombre no había

(1) *Narration of Missionary Enterprise*, pág. 282.

estado enfermo, murieron en pocos días los cuatro agentes de terribles fiebres pútridas, y no se extendió el contagio á nadie más. Estos hechos parecen indicar que los efluvios de cierto número de hombres reunidos durante cierto tiempo se convierten en verdaderos venenos para los que los respiran, y que esta ponzoña se hará más virulenta cuando los hombres pertenecen á razas diferentes. Por misteriosos que parezcan estos hechos, ¿son más sorprendentes que el muy conocido de que el cuerpo de un hombre que acaba de morir y antes de comenzar la putrefacción, engendra á veces principios tan deletéreos, que una simple picadura hecha con un instrumento que haya servido para disecar el cadáver origina una muerte cierta?

17 de Enero.—Al rayar el alba atravesamos el Nepean en una barca. Aunque este río es ancho y profundo en esta parte, tiene muy poca corriente. Desembarcamos en una llanura y no tardamos en llegar á la falda de las montañas Azules. No es muy penosa la subida, porque se ha trazado el camino con mucho cuidado en un lado de una roca de gres. En la cima se extiende una meseta casi plana, pero que se eleva algo hacia el Oeste, terminando por alcanzar una altura de 3.000 pies. Un nombre tan sonoro como el de *Montañas Azules*, hacía esperar una cadena inmensa de montañas que atravesaran todo el país. En lugar de esto, un llano ligeramente inclinado presenta un relieve de poca importancia hacia el lado de las tierras bajas que se extienden hasta la costa, y no hay más. Desde la primera elevación es muy notable el aspecto de los bosques, situados al Oriente, porque los árboles son magníficos. Pero en cuanto se llega al llano de gres, se hace el paisaje sumamente monótono, y á cada

lado del camino se ven árboles raquíticos, todos de la familia de los *eucaliptus*. Fuera de dos ó tres paradores pequeños no se encuentran casas ni tierras labradas: el camino es solitario y apenas si de vez en cuando se ve algún carro tirado por bueyes y lleno de balas de lana.

Hacia el mediodía nos detenemos para dar descanso á los caballos en un parador llamado *Weatherboard* (pupilaje temporal). Allí nos hallamos á 2.800 pies sobre el nivel del mar. A milla y media poco más ó menos de esta posada hay un sitio que vale la pena de visitarse. Al extremo de un valle por el cual corre un riachuelo, se abre de repente en medio de los árboles que festonean el sendero, un gran pozo de unos 1.500 pies de profundidad; avanzando unos cuantos pasos más se llega al borde de un gran precipicio; viéndose á los pies del espectador una gran bahía ó un golfo, porque no sé qué otro nombre podría darle, literalmente cubierto por espesa selva. El riachuelo parece que desemboca á la entrada de una bahía, porque los acantilados se separan cada vez más á uno y otro lado y se distinguen una serie de promontorios como los que suele haber á orillas del mar. Estos acantilados están compuestos de gres blancuzco en capas horizontales; es tan perpendicular la muralla que, en muchos puntos, colocándose en el borde y tirando una piedra se la ve dar en los árboles del abismo que hay á nuestros pies. Es tan seguida esta muralla que si se quiere llegar al pie de la catarata que el riachuelo forma, hay que dar un rodeo de 16 millas. Delante y á unas 5 millas se ve otra línea de cantiles que parece que cierran por completo el valle, lo que justifica el nombre de *bahía* dado á esta inmensa depresión. Imaginando un puerto en el que no se puede entrar sino dando mu-

chos rodeos y que está rodeado de acantilados tallados á pico, y ha sido desecado, remplazando al agua una selva, se tendrá una idea aproximada de esta depresión. Era la primera vez que yo veía cosa semejante, y me ha impresionado mucho la magnificencia del espectáculo.

Por la tarde llegamos al *Blackheath* (matorral negro). Aquí alcanza el llano de gres una altura de 3.400 pies; siempre cubierto de árboles miserables. De trecho en trecho se ve un valle profundo parecido al que acabo de describir, pero es tanta la profundidad de estos valles y tan escarpados sus límites, que apenas puede distinguirse el fondo. El *Blackheath* es una posada muy bien traída por un soldado viejo, que me recuerda mucho los paradores del Norte del país de Gales.

18 de Enero.—Por la mañana me voy á tres millas de distancia para ver el *salto de Govest*, valle muy semejante al que he descrito cerca del *Weatherboard*, pero quizá más sorprendente todavía. A las siete de la mañana está este valle lleno de vapores azules que, aunque perjudican al efecto general del panorama, hacen parecer todavía más grande la profundidad á que se encuentra la selva que se extiende á nuestros pies. Estos valles, que durante tanto tiempo han opuesto una barrera insuperable á los colonos más emprendedores que se dirigían hacia el interior, son en extremo notables. En su extremo superior se ensanchan algunas cañadas que semejan brazos que parten del valle principal y penetran en el llano de gres; por otra parte, esta meseta forma promontorios en esos valles y deja á veces en medio de estos, masas inmensas casi aisladas. Para bajar á algunos de estos valles hay que dar un rodeo de 20 millas; hay algu-

nos en los cuales se ha entrado por primera vez poco ha, y en que los colonos no han podido todavía introducir sus ganados. Pero el más original carácter de su conformación es que, aun cuando en uno de sus extremos tengan varias millas de anchura, se estrechan siempre por el otro extremo, y hasta tal punto que no puede salir un hombre por él. El inspector general, sir T. Mitchell, trató inútilmente andando primero, y arrastrándose después, entre masas de gres, de atravesar la garganta por la cual va el río *Grose* á unirse con el *Nepean*; y sin embargo, el valle del *Grose* en su parte superior, por la que yo lo he visto, forma un hermoso prado casi horizontal de varias millas de ancho, rodeado por todas partes por acantilados cuyas cimas no estarán en ningún punto á menos de 3.000 pies sobre el nivel del mar. Por un sendero que yo he seguido, y es en parte natural y en parte construido por el dueño del terreno en el valle de *Wolgan*, han hecho bajar á algunos toros, que ya no han podido salir, porque en todo lo demás de su extensión está este valle cerrado por acantilados perpendiculares; ocho millas más allá este mismo valle, que tiene una anchura media de media milla, se estrecha en tales términos que ni hombres ni animales pueden pasar por la cortadura que lo pone en comunicación con otro inmediato. Asegura sir T. Mitchell que el gran valle del río que encierra también á todos sus afluentes se estrecha tanto en el punto en que se une con el de *Nepean*, que forma una garganta de 2.200 metros de ancho y cerca de 1.000 pies de profundidad, pudiendo yo citar otros muchos casos análogos.

La primera impresión que se experimenta al ver reproducirse con exactitud, á uno y otro lado de estas inmensas depresiones, las capas horizontales, es que